

SERMON

DE

LOS SAGRADOS CORAZONES

DE JESUS Y DE MARIA

Vulnerasti cor meum:  
"Llagaste mi corazon."

Libro del Cantico de los Canticos.  
CAP. IV, v. 9.

Bajo la figura alegórica de la Esposa que con el uno de sus ojos y con la una trenza de su cuello, ha llagado el corazon de su Divino Esposo, así representa Salomon á la Santa Iglesia en sus místicos Cantares. ¡Oh bella imagen! sus dos hermosos ojos indican á los Prelados, sus cabellos á los súbditos, y su cuello á los perfectos: el uno de sus ojos ó de sus cabellos, significa juntamente á los prelados y súbditos ambos conformes en la unidad de la fe, por la cual fué herido Jesucristo. Llagaste mi corazon dice, llagaste mi corazon repite, para expresar en alguna manera la vehemencia de su incomprensible amor: *Vulnerasti cor meum.*

¡Y qué, acaso no podré aplicar tambien este mismo oráculo al Corazon suavísimo de María! ¡Ah! Bas-



tará reflexionar que es la Madre de Jesús, para que, guardando la proporcion debida, se reconozca que se abraza de afectos semejantes é interesa en la felicidad del hombre. "Así como el Eterno Padre por la inmensidad de su amor, dió al mundo á su Hijo Unigénito, así María, dice el Crisóstomo, imitando su caridad, entregó su Unigénito á los hombres." Y estando por la misma razon unida su voluntad á la de Jesucristo, que obedeció á Dios hasta la muerte, conven- drá poner en su boca las mismas proféticas palabras del Esposo á la Esposa: *Vulnerasti cor meum.*

Ciertamente, supuesto que es una misma la carne de Jesús y de María, poseen á un tiempo una sola alma, un solo espíritu y un solo corazón. De consiguiente, á la vez que la Iglesia cristiana ha resplandecido como objeto de la ardiente caridad del Hijo, se ha experimentado asistida por los tiernos cuidados de tan grande Madre. Deberé, pues, asentar, que por causa del mutuo amor, los Sagrados Corazones de Jesús y de María se ofrecen gustosamente en holocausto por la salud del hombre. Hé aquí la idea general de que partirá mi discurso. Mas ¡oh Virgen Santa! para acercarse al corazón de Jesús es fuerza valerse primero del vuestro. A vos ocurro desde luego, saludándoos con el Angel. Ave María.

"Llagaste mi corazón."  
Lirio del Canto de los Canticos.  
Cap. y vers. citados.

Aunque todas las obras de la vida de Jesús y de María sobre la tierra, han sido como unas hogueras inconmensurables del fuego del amor hácia Dios y hácia el hombre, principalmente se dejan ver en el

Calvario donde el Alma de nuestro Redentor estuvo triste hasta la muerte, y el dolor de la Santísima Virgen no tuvo semejante. "San Buenaventura advierte en la Cruz un solo Altar en que juntamente con la víctima de este Cordero Divino era sacrificada también la Madre." "Porque el corazón de María, como dice San Lorenzo Justiniano, fué un espejo clarísimo de la pasión de Cristo." De tal suerte, que para explicarme así, hubo un reflejo de dolor entre el Corazón del Crucificado y el Corazón de la Soberana Madre angustiada. Ya veis, señores, cómo el Hombre Dios, el Autor de la gracia, y una pura criatura, pero perfectísima, hacen á su modo las dos víctimas de un mismo sacrificio. Jesucristo, pues, inmoló su Corazón por la salud del mundo: Punto primero; María como cooperadora de nuestra redención, consagró su Corazón por el bien del hombre: Punto segundo.

## PRIMERA PARTE

El Corazón Sacratísimo de Jesucristo, no solamente es el principio de los miembros y de las fuerzas vitales de su cuerpo, el mar celestial en donde fluye y refluye su Sangre Preciosísima, sino que unido por naturaleza á su Alma y por hipóstasis á la Divinidad, es la fuente del amor. En él se encierran como en una arca los inagotables tesoros de la omnipotencia, sabiduría y bondad del Altísimo. Mas fijando nuestra consideración, sin embargo de que nuestro Salvador nunca dejó de sacrificarse en su interior desde su



nacimiento hasta su muerte; en el Templo, en el Cenáculo y en el Calvario, se ofreció de un modo público y solemne. Detengámonos brevemente en estos sacrificios, no con el objeto de concebir ni menos comprender la profusion del Corazon de un Hombre Dios, como para admirarla, agradecerla y elogiarla.

No hay duda que Jesucristo santificó con su divina presencia el Templo, cuando no obstante que era el hijo de una madre siempre virgen, se presentó á Dios para cumplir recién nacido la ley en todas sus partes, y ser hostia placable, luz de las gentes y gloria de Israel. ¡A vista de una oferta digna de Dios é igual á él, inmolarán en adelante los verdaderos adoradores bajo de sombras y figuras! ¡Ah! se disiparon las tinieblas, huyó la noche, llegó la claridad del día. "El mismo es quien ofrece al Señor en holocausto, dice San Agustín, las santas primicias de la carne del vientre de la Virgen." Colocado como sobre de un altar en los brazos del anciano Sacerdote, exclama de lo íntimo de su alma: ¡Oh Padre! te disgustaron las víctimas de becerros, corderos y otros animales; pero á mí me has dado un cuerpo que lo entrego por la salud de los hombres: el sacrificio que tengo de consumir en el Calvario, ya lo comienzo, y por esta causa vine aquí. ¡Qué oblacion tan santa fué ésta para el cielo! ¡Qué favor y qué honra recibió la tierra de tan augusta víctima! Pero tambien fué rescatado al precio de cinco siclos de plata, el que habia de rescatarnos de la muerte al precio de toda su Sangre, por las cinco puertas de sus sagradas llagas. ¡No confesaremos que en esta vez nos abrió con esplendor las entrañas de su ardiente caridad! ¡No deberemos

consagrarnos continuamente con Jesucristo á nuestro Criador en la vida y en la muerte! ¡Oh! es justo; mas para confirmarnos en nuestras resoluciones, pongamos los ojos todavía en las otras mayores muestras de su afecto.

El segundo sacrificio que elevó á Dios en olor de suavidad, y con cuya verdadera carne y sangre alimenta espiritualmente nuestras almas, fué el augusto del Altar. A la cena del cordero muerto sucedió la cena del Cordero vivo, y á la carne sin sangre asada en el fuego material, la carne viva con su sangre asada en las llamas de la caridad del Espíritu Santo. ¡Oh liberalísimo Dios! El pan y vino en manos del nuevo Melquisedec, son su propio cuerpo y sangre separados místicamente por la eficacia de sus palabras. "Tomad y comed, les dice á sus Apóstoles: este es mi Cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi Sangre." Y para que tan alto Sacramento se reprodujera por toda la serie de los siglos, añade gustoso: "Haced esto en mi memoria." ¡Queréis, ¡oh fieles! mas dones, mas amor! Si me vuelvo al santo Tabernáculo, me parece que oigo desde el fondo de la preciosa píxide en que se halla la hostia de vida, la majestuosa voz de Jesucristo: "Ardiendo estoy en las brasas del Espiritu Divino: á pesar de las ofensas y de lo mal que pagais á mis finezas, yo os doy mi corazon. ¡Qué mas! Si la sangre del justo Abel clamaba desde la tierra al cielo contra el fratricida Cain, la sangre del inocentísimo Abel clama con mucha mayor virtud hasta el trono de la Soberana Majestad desde la Eucaristía, no por venganza, sino por la remision de los pecados. Creemos que Jesucristo habita en medio de



nosotros como un manantial perenne que riega el jardín ameno de la Iglesia: seamos, pues, los árboles frondosos cubiertos de frutos saludables de este plantío, para dar gloria á Dios y pruebas de santidad sobre la tierra. A este fin ya voy á ocuparme tambien de la afrentosa muerte del Divino Crucificado sobre el monte de la mirra y el collado del incienso, donde hallará siempre el pecador su remedio.

El tercer sacrificio solemnísimó del Calvario, por el cual puso Jesucristo su Alma, para librarnos de la culpa, aunque en la sustancia es el mismo del Altar, se diferencian con todo eso, en que el uno es in-cruento y el otro fué sangriento y doloroso. Llegado en efecto, el punto del cumplimiento de las profecías, fué extendido nuestro Salvador con inaudita crueldad sobre la cruz, clavado de piés y manos y muerto en ella por nuestra redencion. ¡Oh tierno y nunca bien considerado espectáculo! Para expresarme mejor, me valdré de las siguientes frases de Lactancio: "Allí le veíais los ojos hundidos y ofuscada la vista, las mejillas deprimidas, la lengua seca, envenenada con hiel, y el semblante pálido de un cadáver, las manos fijas en los clavos, los brazos dilatados á fuerza, y una grande herida en el costado: mirariais tambien la púrpura de su sangre, minados sus piés, y ensangrentados los cordeles." ¡Oh buen Jesus! os digo yo ahora: no se sació vuestra generosidad con pagar el precio del rescate por todas las aberturas de vuestra carne despedazada; de vuestro corazon, del asiento mismo del amor corrieron dos caudalosos rios de agua y sangre para comunicarnos la vida.

¡No es así! ¡Oh divina dignacion! Con el bálsamo

esquisito que mana de este Sagrado cuerpo en su pecho, cura el pecador sus llagas; del maná que fluye vive el justo, y el bienaventurado se inunda en las aguas santificantes que derrama. ¡Cuánto nos conviene solicitar y padecer voluntariamente, para hacernos una imágen expresa del Soberano Crucificado! En fin, dejo mas bien á la admiracion y al silencio de las almas devotas este prodigioso Corazon, que el hombre vulneró de tan diferentes maneras, y paso á contemplar el de María.

## SEGUNDA PARTE

"Asegura Ricardo de San Víctor, que la Santísima Virgen deseó la salud del hombre, la buscó, la obtuvo, y aun por ella se nos dió." ¡Qué significa todo esto, sino que haciendo á Dios dueño absoluto de su Corazon y de todos sus afectos, como si fuese el mismo Corazon de Dios, lo consumió tambien sobre el Altar del amor por la reconciliacion del género humano? ¡Ah! Como Madre de Jesus y Madre nuestra, reunió en uno solo dos holocaustos, esto es, inmoló á su Hijo y se consagró á sí misma. Bien le convenia desde el instante en que concibió al Verbo Eterno hasta su dichosa muerte, el divino vaticinio de la Esposa: "Mi amado es hacedito de mirra para mí;" pero en los mismos sacrificios mas principales de Jesucristo, resplandeció su amor con especialidad. Pongamos sobre ellos los ojos para suspendernos de encanto por la ternura de tan grande Madre.



En efecto, no es María como el rey de Moab, que degolló desesperado á su hijo primogénito, ni como Jepté, que sacrificó por un voto imprudente á su hija unigénita; no, antes bien, por consejo del Señor, por una encendida caridad, presentó á su adorado Hijo Jesus en el Templo, como una hostia anticipada. ¿Qué lengua podrá explicar el fuego de sus deseos y la angustia de sus continuados suspiros? Desde entonces comenzó á sentir con mayor fuerza la punta de la espada penetrante del dolor, cumpliendo la profecía al propio tiempo que se la atribuía el venerable Sacerdote. El sacrificio visible del Niño era la prenda única del sacrificio invisible de su corazón, de sus entrañas y de toda su alma: ambas ofrendas se quemaban vivas y se libaban juntas por la justificación del mundo. Y aun por otro motivo, Jesucristo es de nosotros, como escribió Santo Tomás de Villanueva, así porque nos fué dado por el Padre, como porque fué redimido por la Madre. ¿Qué diremos de su obediencia en cumplir la ley de Moises, bajo la cual no estaba comprendida? ¡Ah! que condena nuestra desobediencia, porque ó quebrantamos formalmente la ley de Dios, ó no la observamos como se debe. ¿Quién no admirará su humildad, cuando se queda en el primer atrio del Templo como una mujer inmunda? ¿No reprueba nuestra soberbia é impureza, siendo así que solo estamos atentos á comparecer limpios ante los hombres, y no ante los ojos de Dios? Finalmente, si elogiamos su pobreza en ofrecer, no un cordero, sino dos tórtolas como se permitía á una madre necesitada, nos avergonzaremos de nuestra vanidad, ostentación y lujo en la casa del Señor.

¿Pero hará suyo tambien el segundo sacrificio de Jesucristo Sacramentado? ¡Ah! ¿Cómo no! Cuando San Epifanio llamó á María como Sacerdote, é igualmente como Altar, que llevando la mesa, nos dió por pan del cielo á Jesucristo, declaró su poder y dignidad. Lo mas raro es, que en la misma carne y sangre del Señor, se nos presenta á gustar tambien como víctima inocente. No lo dudeis, señores, porque la fe nos enseña que el Verbo de Dios recibió toda su sustancia corporal nada mas que de la Virgen Santísima. Quiere decir, que el pan y el vino consagrados, son la carne del Cordero immaculado, carne de la carne de María; y su sangre, sangre de la sangre de María. De manera, que segun confiesa San Pedro Damiano, percibimos las primicias de su vientre y bebemos su sangre en el Augusto Sacramento de la Eucaristía. Por consecuencia legítima, en la persona de Jesus nos obsequia su corazón, y con unos sentimientos tan parecidos á los de la hostia del amor, que se conoce que nos asiste de todas suertes en el maravilloso convite.

Trasladémonos ahora hasta el Calvario, donde estando en pié junto á la Cruz, se convirtió en un retablo de indecibles duelos. ¡Oh! allí reconoce un sabio, que Jesucristo y María ofrecen un solo holocausto. La oblacion voluntaria que hace de sí el Crucificado, pertenece tambien á su afligida Madre, de quien recibió su cuerpo y sangre. ¿Qué amargura habrá que ignale á la de esta inconsolable Señora? Aquella prediccion del anciano Simeon sobre la aguda espada que le atravesaría el alma, llegó á tener su complemento: abandonada, crucificada en su Hijo,



y muerta en la Cruz con él, ¿dónde hallará algun alivio? "Vivia, diré con San Bernardo, muriendo sin poder morir." Mas no creais, ¡oh cristianos! que por que se consagró con este penosísimo sacrificio, se olvidó del pecador: de ningun modo, antes bien, tú eres, ¡oh Iglesia Santa! el motivo de sus dolores. "Deseaba yo, dice por boca de Ruperto, que no muriese mi amado; pero mas apetecía la salvacion del género humano." Lo mismo confirma San Buenaventura, cuando la aplica estas palabras: "No perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros." Luego, si me es lícito expresarme así, se desprendió de su purísimo corazon por libertarnos de la muerte.

En suma, deberé concluir reduciendo mi discurso á sus fundamentos: que los Sagrados Corazones de Jesus y de María se han distinguido hácia los hombres con el carácter del divino amor. Jesucristo ciertamente lo prodigó á manos llenas en el Templo, en el que dió públicamente gloria á Dios en su misma infancia, y afirmó nuestra esperanza: en la Eucaristía nos alimenta con su carne y con su sangre, permaneciénd en nosotros, y nosotros en él: sobre el ara de la Cruz, ademas de estar cubierto de heridas, quiso tambien que se le abriese, como se le abrió despues de muerto, el Corazon, fuente principal de sus misericordias. Asimismo María, cuanto era capaz la criatura mas privilegiada, hizo en el Templo de Jerusalem el sacrificio de su Hijo y de su honor: nos alimenta con la carne y sangre del Salvador, concebida y nacida de su limpísimo seno, y nos da á luz como hijos del Altísimo y suyos, en medio de las tribulaciones y padecimientos del monte Calvario. De aquí es, que

las palabras que convienen al Esposo Jesucristo y están dirigidas á su Esposa la Iglesia católica, con seguridad se pueden apropiar á María: *Vulnerasti cor meum.*

Ahora bien: al amor se debe corresponder con el amor. Los Sagrados Corazones de Jesus y de María han sido vulnerados de varios modos por el hombre, ¿qué deberemos hacer? ¡Ah! nada menos que exhalar los nuestros y presentarlos como dones dignos de los del Hijo y de la Bienaventurada Madre en el canastillo de la Iglesia. ¡No lo representa así la estampa en que están pintados, como es justo, los unos y los otros! Pero Dios nos pide que le tributemos á vista de lo expuesto, el sacrificio de alabanza. Manifestémosle verdaderamente nuestra gratitud por los bienes de que nos ha colmado. Nos exige el sacrificio de justicia con que estamos obligados á satisfacerle: éste consiste ó en una penitencia sincera, si tenemos conciencia de pecado, ó en el ejercicio de las buenas obras, si ardemos en caridad. Consigamos, pues, sin pérdida de tiempo el mérito de la mortificacion y de las virtudes en esta vida, para gozar despues de nuestra muerte del premio celestial.

ASÍ SEA.



SERMON  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

*Eccæ nubecula parva quasi vestigium  
hominis ascendebat de mari.*

"He aquí una nubecilla que se elevaba  
del mar como el pie de un hombre."

Libro III de los Reyes,  
Cap. XVIII, v. 44.

Si atinaré yo hoy, señores, después de tantos sublimes elogios con que ha resonado esta sagrada cátedra á honor de María Santísima del Cármen, en desatar mi lengua á su memoria, delinearos y acabaros su panegírico! Aunque el motivo de sus liberalidades y de sus cultos sea fuente inagotable de reflexiones cristianas, estoy tanto mas incapaz de ponderar debidamente la menor de todas ellas, cuanto que muchos sabios y elocuentes oradores que me han precedido, con maestría, con destreza y con edificacion, lo han ejecutado. Felices fueron los designios de unos para partir de la idea de una Madre bondadosa, que desde el monte Calvario adoptó entre indecibles dolores por sus hijos, en la persona de San Juan, á todos los fieles, y con particularidad á los del Carmelo: ingenio-



so los caminos de otros para servirse de alusiones y comparaciones de la Santa Escritura, que aplicaron con acierto en favor de la Madre de Dios y de sus devotos: interesantes y provechosos los discursos de estos otros, muy bien empleados para recomendar el santo Escapulario, como señal de predileccion y de salud. No obstante, prevenido con una sola vislumbre de estos conocimientos, y empeñado en corresponder al estimable convite del Prelado de este monasterio, voy á tomar una senda del todo nueva, empezando desde el origen de la religion carmelitana.\* No será fuera de propósito remontarse hasta la sombra, para distinguir con realce la claridad, analizar la figura para ver con admiracion la realidad: *Ecce nubecula parva quasi vestigium hominis ascendebat de mari.*

Aquella nubecilla que novecientos años antes de la venida de su original, vió el grande Profeta Elias elevarse del mar segun la medida del pié de un hombre, y que por la sétima vez habia observado de orden suya su criado en la atalaya, ¡oh, y cómo en medio de la misma oscuridad de un pronóstico se divisa al modo de una luz dentro de un fanal ó campana como de cristal que le sirve de cubierta! ¡Oh y cuántos misterios encierra en sí misma! La oracion fervorosa del santo siervo de Dios, el fuego del Señor que consumió el holocausto y la muerte de los profetas de Baal, son otros tantos hechos constantes y prodigiosos que le precedieron: una pronta y copiosa lluvia que fertiliza la tierra le subsiguio. El mismo número setenario significa perfeccion, porque como afirma el

\* Este discurso fué predicado en la iglesia de Religiosos Carmelitas, y en el mismo dia en que solemniza la festividad de Nuestra Señora del Cármen.

Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, en varios lugares, consta por una parte de tres unidades que representan á las tres Divinas Personas, ó tambien á todo complemento que tiene principio, medio y fin en comun; y por otra parte, de cuatro unidades que determinan los cuatro puntos cardinales del mundo, ó la universalidad de las criaturas. La nubecita es símbolo de nuestra Madre y Señora del Cármen, en espresion de San Epifanio y de San Ambrosio, y ademas, por sentencia de los Sumos Pontífices, han sido llamados primogénitos de María los carmelitas y los cofrades del santo Escapulario, porque bajo esta figura la percibieron y la adoraron en la persona de su primer padre el ardoroso Elias.

Así, pues, como del Oceano se levantaron hálitos á semejanza de la huella de un hombre, que aumentándose en hermosas y gruesas nubes cubrieron el cielo y derramaron la abundancia sobre la tierra, así tambien del mar inmenso de bendiciones y de virtudes que es María, se desprenden, segun mi rudeza, efluvios y como especies de plumeros de nublados, que condensándose y deshaciéndose en torrentes de dones gratuitos de Dios, inundan y empapan el campo árido de nuestra alma, á fin de proveernos de víveres espirituales. Resulta de aquí por objeto primario de mi discurso, que María Santísima del Cármen favorece á sus especiales devotos con la exuberancia de la divina gracia. Para amplificar esta idea, supliquemos postrados á la misma Purísima y dichosísima Carmelitana, me obtenga un auxilio particular del Señor, saludándola con el Angel. Ave María.



"Hé aquí una nubecilla que se elevaba  
del mar como el pie de un hombre."

Letra III de los Reyes, Cap. y  
vers. citados.

No hay duda que la Virgen María, de la cual nació Jesús en la plenitud de los tiempos, es á la letra aquella nube ó nubes reunidas hácia quienes convertia con vehemencia sus palabras el profeta Isafas para que lloviesen blandamente al justo: *Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum*. Por tanto, obteniendo como firmemente lo creemos, la augusta dignidad de Madre de Dios, hace tambien caer sobre sus devotos lluvias de bendicion, en frase de Ezequiel: lluvias sobrenaturales, mas espontáneas y milagrosas que aquella del maná que reservó el Señor para su heredad, cuyo verdor ya se habia marchitado y deslucido, segun el Salmo: lluvias, y á veces, hasta aluviones de salud con que convierte, remedia y sustenta las almas de sus hijos queridos. Pero supuesto que los propios efectos de una nube sean cubrir con su sombra, mojar, refrigerar la tierra, fecundarla para que produzca sus frutos, y tambien iluminarla con la reflexion de los rayos de luz recibidos del sol, ó con la de su propia electricidad; dividiré mi asunto en dos breves partes, trasfiriendo en un sentido alegórico este versículo del Exodo, que se refiere á los Israelitas cuando fueron conducidos á la tierra de promision: "Nunca faltó la columna de nube de dia, ni la de fuego (esto es, la misma nube inflamada) de noche." Se hace preciso notar, que aunque la divina gracia tiene diversos modos ó acepciones, es una misma en lo sustancial. Pues bien, con la mira de diri-

garnos al cielo: La nube misteriosa María Santísima del Carmen, cubre con su proteccion á sus verdaderos hijos de dia ó en tiempo de paz: *Nunquam defuit columna nobis per diem*: Punto primero: La columna de fuego ó la Madre del amor hermoso, no les faltará de noche ó en el tiempo de aliccion: *Nec columna ignis per noctem coram populo*: Punto segundo,

## PRIMERA PARTE

La Iglesia Católica ha puesto en boca de la Santísima Virgen, las alabanzas de la eterna sabiduría ó del Verbo de Dios Humanado, para darnos á entender que el fruto de los merecimientos de Jesucristo, se nos aplica por su proteccion ó intercesion. En fuerza de este principio, no cabe duda que la Madre de gracia y de misericordia, y que sus devotos, pero especialmente los descendientes del Profeta de fuego y de San Simon Stoch, están comprendidos en estas promesas del Eclesiástico: "Te vestirás de ella como estola de gloria, y la pondrás sobre tí como corona de regocijo." Si, se cubrirán con el mismo traje de gala y de fragancia de la criatura mas privilegiada, entrando en parte de su virtud, de su justicia y de su santidad.

Con efecto, cuál sea la proteccion visible de la Gloriosa Reina de los cielos y de la tierra hácia todos los cristianos, lo pregona y canta la Iglesia en la siguiente antífona: "Santa María, dignaos socorrer á los que gimen bajo el peso de su miseria; dignaos



ayudar á los pusilánimes, fortalecer á los débiles y consolar á los que lloran. Dignaos rogar por el pueblo cristiano, intervenir por el clero, ó interceder por el sexo dedicado á vos de una manera particular. Haced que todos los fieles esperimenten los efectos de vuestro auxilio saludable, pero sobre todo, aquellos que se acuerdan de vos con regocijo." ¿Se podrá discurrir mas? ¿faltará otra cosa que esperar de su bondad? ¡Ah! Ello es que se muestra aun mas compasiva, clemente y piadosa para aquellos que la imploran con dulce y filial confianza como los religiosos de la Orden del Cármen y todos los que están alistados en la confraternidad del santo Escapulario.

Dios maldijo á la serpiente despues del pecado de Adan y Eva, y le anunció "que una mujer quebrantaria su cabeza." Al cabo de mas de tres mil años, la dió como á traslucir á Elías bajo la especie de una nubecita cual vestigio de un hombre. ¿Qué diferencia en estas dos profecías! ¿qué contrariedad en los efectos! Las potestades del abismo comenzaron á temerla desde el principio del mundo no mas que en la simple aprehension, terrible como un ejército formado en órden de batalla. El Santo Profeta y sus hijos los anacoretas del Carmelo, comenzaron á considerarla como á un anuncio de felicidad y de bonanza, como á la aurora del sol de justicia, el iris de paz, el lucero de la mañana y el vehículo de las efusiones del Criador. A ellos parece que se refiere San Pablo cuando escribe: "Que se cubrian con una capa despreciable ó con la piel de un animal; que vivian en la pobreza, en las angustias y aficciones; que andaban errantes en los montes y desiertos, y que habi-

taban en las cavernas y en las queiebras de las rocas." En tiempo de la venida de Jesucristo fueron llamados Esenios, que llevaban vestidos todos blancos, tal vez en memoria de la nubecilla cándida, noble señal y primera insignia del Carmelo. Aunque por entonces no estaban exentos de errores como todas las sectas de los judíos, pues el Señor vino á iluminar á todos los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, pasaban á lo menos por los mas virtuosos del pueblo de Israel, en cuanto á su vida austera y monástica. No diré, sin embargo que tiene fundamento la opinion de algunos, que nuestro Divino Salvador hizo alusion á ellos en el pasaje donde espuso, "que hay eunucos que se privaron del matrimonio por el reino de los cielos." Mas ya que pudieron conocer á la Bienaventurada Vírgen, aun por los primeros años de su infancia, en Nazaret, distante solamente tres millas de aquel monte; recibir las instrucciones del Precursor, y volverse cenobitas cristianos despues de la muerte del Hombre Dios y de la predicacion del Evangelio, edificaron una capilla á su Santa Protectora en testimonio de reconocimiento, de que existen restos segun la relacion de los viajeros.

Se presume que en el año de 400 los nombraron así, porque una multitud de monjes de San Antonio abrazaron la regla de San Basilio, bajo la direccion de Juan, patriarca de Jerusalem, y se retiraron al desierto: fundaron su primera casa en el mismo monte Carmelo, que está al Norte de la Palestina, cerca de Tolemaida, y era un lugar, segun San Gerónimo, plantado de viñas, muy fértil y agradable: se aumentaron tanto, que en el año de 1205, gobernando



Alejandro III, todos los que vivian separados en las diversas soledades de él, se reunieron. Tuvieron tambien origen de San Bertoldo, monje de la Calabria, quien hácia el año de 1180, por revelacion de San Elías, como se dice, se estableció allí con algunos compañeros cerca de la cueva de este Profeta. San Alberto, Patriarca de Jerusalem, bajo la autoridad de Inocencio III, les dió una regla conforme en gran parte á la de San Basilio: fué aprobada por Honorio III, mitigada por Inocencio IV, Eugenio IV y Pio II, y variada en cuanto al vestido, por Honorio IV. Sé que Inocencio XII prohibió á los carmelitas y á los jesuitas disputar sobre el principio de su religion; pero lo hizo únicamente para poner término á las cuestiones acaloradas de ambas congregaciones, y no porque en lo absoluto él ni menos otros Sumos Pontífices, les negasen su antiquísimo y honroso nacimiento. Ved, pues, cómo los religiosos del Cármen, por todo el tiempo de su primera época, descendieron de los Profetas Elías, Eliseo y sus hijos, decayeron en los Esenios, y se restablecieron con alguna probabilidad en los discípulos de San Juan Bautista, pero ciertamente en los de San Antonio y San Basilio.

Perseguidos en el Oriente, por el siglo XIII, de una manera cruel á causa de las incursiones de los sarracenos, pasaron muchos de estos ermitaños á las islas de Chipre y Sicilia, á Inglaterra, Marsella y á otras partes del Occidente: partieron tambien algunos otros en compañía de San Luis, rey de Francia, que volvia de la Tierra Santa á constituirse en Paris, de donde salieron para todas las Galias y para Alemania. Traian unas capas barreteadas ó mezcla-

das de color blanco y pardo, como la de Elías, segun se cree; pero en 1287, el Capítulo general celebrado en Mompeller, arregló de otro modo el vestido. Hacía unos veinte años que buscaban un asilo en Europa, por lo que habian padecido no pocos trabajos, hasta que lograron que Inocencio IV aprobase su Orden, é instituyeron la cofradía ó tercera Orden del Escapulario. ¡El Escapulario! ¡Oh! ¡Por qué he de omitir en esta solemne festividad al sexto General del Carmelo, al insigne San Simon Stoch! ¡Por qué he de olvidar al humilde esclavo de tan Gran Señora, que la habia servido con fidelidad por treinta y tres años, desde su niñez, y pasaba las noches ocupado en la oracion, dentro del hueco de un árbol...! Pues él acogió en Inglaterra á los seguidores de Elías, él abrazó tambien su instituto, él envió sus gemidos al cielo, él imploró el valimiento de la Santísima Virgen por la propagacion de sus hermanos, él le pidió una señal sensible de su ternura para su Orden y todos los que se aliasen con ella. ¡Y oirá la Madre de Dios sus ruegos, se prestará propicia á sus votos! ¡Ah! se le aparece, ¡oh momentos preciosos! rodeada de Angeles, revestida con el hábito que le recomendaba, y presentándole el Escapulario en la mano, con voz dulce y maternal le dice: "Recibe, dilectísimo hijo, el Escapulario de que hago un obsequio á tí y á toda tu Orden: es la señal y prenda de salud, salud en los peligros, alianza de paz y de un pacto sempiterno." No me dilataré mucho sobre este asunto, cuyo mejor encomio se halla grabado profundamente en vuestro espíritu, y os toca el corazon por sí con movimientos mas vivos y eficaces en el silencio, la admiracion y el



recuerdo de inmensos bienes que habeis recibido de vuestra incomparable Madre.

Trasladémonos ahora á la tercera época en que comenzó la diferencia de los carmelitas mitigados, y de los carmelitas descalzos, de la estrecha observancia, ó *billietos*, como se les nombraba en París. La austeridad de su regla fué confirmada por Urbano VIII, y es muy parecida á la de la cartuja. Además de la muceta blanca, lo restante del hábito consta de una túnica con su capilla y un Escapulario de color pardo oscuro: están calzados con sandalias ó alpagatas, y se cubren la cabeza con un sombrero blanco. ¿Quién no ve en estos distintivos los símbolos de las dos primeras épocas del Carmelo, y en los otros indicios de penitencia, los caracteres de la tercera? En el siglo XVI, Santa Teresa de Jesus, señora española, empezó y concluyó la reforma en ambos sexos, de cuya institucion se creó el primer establecimiento junto á Avila, en Castilla. El Padre Antonio de Jesus y San Juan de la Cruz, religioso carmelita, le auxiliaron en su difícil designio, por el que sufrió este Santo gran persecucion hasta morir oprimido de trabajos. Sin embargo, aun viviendo él, no pudieron impedir sus encarnizados enemigos que se admitiera la reforma en las Indias, y despues de su muerte se extendió á Francia, á los Países Bajos y á toda la cristiandad. De cuando en cuando llegaron á separarse en parte, y al cabo de largo tiempo en un todo los reformados de los mitigados por autoridad de Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII. Al fin, los primeros se dividieron en dos corporaciones diferentes, una para Italia y otra para España, con dos generales

diversos. Para confirmacion de cuanto he dicho añadiré, que Gregorio XIII y Juan XXIII declararon que María es el origen y Madre de los carmelitas, y que Honorio IV y Juan XXII afirmaron en sus bulas, que les cumplirá sus promesas. Habiendo, pues, tratado de las que pertenecen á la práctica de las virtudes ó á la conservacion de la vida monástica, fijémonos en adelante sobre las que corresponden al incalculable subsidio de vuestra Amabilísima Abogada en las adversidades.

## SEGUNDA PARTE

¿Por ventura se ha quejado alguna vez un siervo afectuoso de la Divina Señora, de que lo haya abandonado en cualquiera tribulacion? ¡Ah! “Te serán sus zepos, escribe el Eclesiástico, en defensa de fortaleza y basas de virtud, y sus argollas en estola de gloria.” ¡Oh suaves lazos los de su honestidad! ¡Oh ligaduras de salud para nuestras heridas! ¡Oh prisiones deleitables! ¡Oh vínculos estrechos los de su caridad. Dichosos los que se acogen á la torre firmísima de donde penden mil escudos, único refugio de pecadores. Por eso la Esposa del Cordero Inmaculado nos enseña á humillarnos en su presencia y á decirle: “Ruega, por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.” De manera, que en esta sola cláusula nos instruye de su poderoso amparo, así en el logro de los bienes como en el triunfo y alivio de los males, hasta del mas horroroso, que es la separacion



del alma y del cuerpo. Pero sin perder de vista el plan que me propuse, importará examinar de preferencia y con extension las angustias y trabajos, y aun el mayor riesgo del extremo pasaje en que patrocina á sus caros hijos del Cármen, como Madre especialísima.

“Todo acto meritorio para la vida eterna, en sentencia del Angel de la escuela, debe ser producido inmediatamente, ó á lo menos debe ser informado por la virtud de la caridad.” El hombre, por necesidad de su naturaleza viciada, ha de sostener aquí abajo una continua lucha contra sus tres incansables enemigos, el mundo, el demonio, y la carne. La victoria que se alcanza de ellos completamente por el amor sobrenatural de Dios é intervencion de nuestra Santa Mediana, causa la perpetua incorrupcion de alma y cuerpo en las vírgenes, la pureza de la predicacion y de la ciencia en los doctores, y la paciencia y constancia hasta el último aliento contra las pasiones esteriore por la verdad de la fe en los mártires.

¡Qué bien ha sido descrita por el Apóstol la continua guerra del espíritu y de la carne! “La carne, dice, codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.” ¡Quién, pues, contuvo al Maestro de la soledad, al Profeta de continencia virginal, al excelente Elías, para no caer en medio de los deseos encontrados del hombre? ¡Ah! La nubecita del mar de cuya blancura por instinto divino fué imitador. Así él como Eliseo su unguido y heredero de su espíritu y de su capa, y otros de sus discípulos á pesar de la maldicion antigua contra la esterilidad, vivieron en la tierra como Angeles en carne humana, segun

el pensamiento de San Juan Crisóstomo. ¡Quién sino María Santísima del Cármen, fué la salvaguardia en su perfectísima pureza, para un San Cirilo Patriarca de Alejandría, que pasó por elogio de la Iglesia una vida celestial en este mundo, y cuyas ideas fueron divinas; para otro San Cirilo de Constantinopla de igual virtud, para un San Andrés Corsino, obispo que se dejó ver con asombro, despues de muerto, vestido con ropa blanca, y con un ramo de flores y azucenas en la mano; para un San Pedro Tomás, Patriarca de Constantinopla, que desde que rayó el uso de la razon en su alma, comenzó á gozar de la gracia; para un San Simon Stoch, y otros muchos eminentes varones del Carmelo. . . ? A éste lo confirma la Señora, apareciéndosele en medio de coros de supremas inteligencias: á aquel le revela en sueños, que su religion durará hasta el dia del juicio: á este otro le regala la presear riquísima del Escapulario: á aquestos los conforta con diferentes milagros, á efecto de no desmayar en el propósito firme de guardar castidad perpetua. ¡Quién, sino María Santísima del Cármen, como Reina de las Vírgenes fué un estímulo y un modelo consumado para seguir al Cordero donde quiera que anduviese, de una Santa Eufrosina, de una Santa Eufrasia, de los primeros siglos, de una Santa Teresa de Jesus, de una Santa María Magdalena de Pazzis, religiosas carmelitas; de las santas y venerables de la Orden tercera Angelas de Bohemia, Juanas de Regio, Isabeles de Jesus, Rosas Serio, Angelas de Arena, Angelas Margaritas Serafinas, y no sé cuantas mas! A ésta le habla á veces en vision, á aquella le repite el milagro del Escapulario, á estotra le obsequia un vestido cándido, á todas las prodiga mil favores.



En la batalla contra el demonio reporta el hombre un triunfo singular, porque lo rinde con las armas de la predicacion y la doctrina, elaboradas en las entrañas de la misericordia y empleadas con celo sagrado. Así es, que lejos de ceder á sus embates, lo repele, no solamente de sí, sino tambien de los corazones de los otros. De tal suerte, que en esto se conoce la participacion de toda sabiduría é inteligencia que ha abundado en nosotros copiosamente por la gracia, y comunica de la soberana grandeza del poder divino, segun la mente de San Pablo. Por ella, ademas del premio esencial les es debida la recompensa con cierto aumento de gloria á los Santos Doctores, en lo cual convienen los Intérpretes. Admirad, pues, señores, á San Serapion, Patriarca de Antioquia, que ilustró á la Iglesia contra las herejías, y á San Dionisio Papa, que defendió la maternidad de Maria; á San Alberto, Patriarca de Jerusalem, que dió la regla á los monjes del monte Carmelo, y á otro San Alberto confesor, que fué prometido á su padre en vision por sus ruegos á la Santísima Virgen, cual hacha encendida que habia de salir del vientre de su esposa, para iluminar al mundo. Recordad con júbilo los escritos del Patriarca San Cirilo, apologista constante del misterio de la Encarnacion, contra Nestorio, su célebre carta ortodoxa, y su esposicion sobre las Santas Escrituras; las brillantes letras del Patriarca San Pedro Tomás, en la ensenanza de la cátedra y en el púlpito, como tambien las de otro San Cirilo de Constantinopla. No paseis en silencio la teología mística de Santa Teresa, de Jesus, Doctora de la Iglesia, y la de San Juan, de la Cruz, ni los talentos, luces y

servicios de los Santos Brocardos, Francos de Sena, Avertanos, y otros innumerables. La ciencia celestial que como agua bebieron y derramaron con sus instrucciones y buenas obras, toda fué obtenida por la Reina de los confesores su Benignísima Madre del Cármen.

Me resta el combate mas fuerte y vehementemente sensible del martirio, en que los héroes del cristianismo han vencido por la Sangre de Cristo, y por la suya propia, sellando así el testimonio dado á la divina palabra. Con su ejemplo nos han invitado á aspirar á esta última felicidad que nos manifestó el Señor, por San Mateo: "Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos." Nadie podrá explicar cómo es en sí la acerbidad de tales sufrimientos; y con todo, no hace al mártir la pena, sino la causa, como afirma San Agustin. Esto supuesto, recorriendo mas y mas los anales del Carmelo; aquí se dejan ver con sus palmas y coronas el romano Pontífice San Telésforo, que predicando la fé católica, muere degollado por los idólatras, y San Anastasio, azotado, ahogado y aun decapitado despues de exánime. Allí, asidos del árbol de la Cruz de Jesucristo, bañan su tronco y raices con el licor purpúreo de sus venas: San Gerardo, obispo canadiense protomártir de Hungria, precipitado de lo alto de unas peñas, atravesado su corazon con una lanza, y agonizante estrellada su cabeza contra una de aquellas mismas rocas, y San Pedro Tomás herido por las saetas de los moros en la toma de Alejandria, y difunto poco despues de resulta de las llagas recibidas en Famagusta. Ahí entregan su alma para



salvarla en la vida eterna; San Angelo asesinado con la mayor resignacion dentro de la misma cátedra de la verdad, con cinco golpes de puñal asestados por el conde Berengario, y D.<sup>a</sup> Teresa Sanfull condesa de Serleyo, de la Orden tercera, que sin hacer caso de la debilidad de su sexo, parte de esta vida á las manos de Dios con el valor de los fuertes. Acullá millares de monjes, de monjas y de súbditos esforzados de esta sagrada religion, apuran hasta las heces el caliz de la amargura en las persecuciones de la Palestina, en las de los tiranos griegos y romanos, y en las de toda la Europa. ¡Looz de honra y gloria á los discípulos de Elias, á los Benjamines amados de la Madre del dolor, de la Reina de los mártires María Santísima del Cármen!

Pero semejantes victorias conseguidas contra los tres enemigos del alma, son privilegiadas. Otros infinitos triunfos comunes impetra para sus hijos la Santa Fundadora del yermo contra los errores, los pecados, los compromisos del mundo; contra la hambre, la peste, la guerra; contra los escándalos del desenfreno de las costumbres, y contra el mayor de todos los peligros, que es la muerte.

¡Qué motivos de gratitud tiene desde luego la esclarecida y sagrada Orden de Carmelitas, por la proteccion omnipotente de su Divina Patrona, así en los sucesos felices como en los adversos! Por el dia los abraza con su manto y los cubre con su sombra; y por la noche dirige sus pasos con su claridad y los enciende con su calor. Tambien los que visten su santo Escapulario, empleándose con viva fe y devocion á su gloria, llevan la señal de salud, y sin duda

que se salvarán: se refugian hácia el firme presidio contra los daños inminentes, y en realidad que arrosarán todos los males. En fin, cuantos la invocaren con toda su alma, espermentarán ser agraciados con los inefables influjos de su misericordioso patrocinio: *Ecce nubecula parva quasi vestigium hominis ascendebat de mari.*

¡Nube fecundísima de gracia, Vos sois la hermosura y vida del Carmelo! Hoy todo el concurso de fieles que nos hallamos reunidos en este angusto templo, rodeamos el pié de vuestro digno altar para bendecir el grande nombre del Señor. Vos, ¡oh Imaculada Virgen! apacais la cólera del Dios de los Ejércitos, poniéndoos de rodillas ante el trono de su Majestad. Nada merecemos por haber hollado la Sangre de vuestro Inocentísimo Hijo; pero confiados en la suavidad de vuestro Sagrado Corazon, os saludamos en este dia de repartir mercedes, con nuestras débiles plegarias. Os pedimos con humilde rendimiento, por la exaltacion de nuestra santa fe y por la tranquilidad de la Iglesia y del Estado. Convertid, ¡oh Eva virtuosísima! á vuestros hijos los pecadores, reformad nuestras costumbres desregladas. ¡Ay! ¡Dónde están tantos religiosos sacerdotes del Cármen, que en otros afortunados tiempos como obreros del Padre de familias encaminaban en esta ciudad muchísimas almas al cielo! ¡Dónde tantas personas de ambos sexos que salian de esta casa y de esta iglesia con sus pechos dilatados de alegría por la predicacion de la divina palabra, por la absolucion de sus culpas y por la comunión Eucarística....! Yo no veo ahora mas que uno ú otro que cuida y trabaja en vuestra viña casi



abandonada. Multiplicad, ¡oh dulce esperanza nuestra! los amigos del Esposo Cristo Jesus, y reanimad en nosotros el fervor, para que alcanzando de las aguas limpiísimas que haceis llover, seamos sumergidos en diluvios de gracia y de gloria por toda la eternidad.

ASÍ SEA.

SERMON

DE LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA

Maria optatum partem elegit,  
quae non auferetur ab ea.

“Maria ha escogido la mejor parte,  
que jamas le sera quitada.”

S. LUCAS, CAP. X, v. 42.

Dos hermanas santas, que siguiendo su gusto y su vocacion, solicitaban á un mismo tiempo su fortuna particular en la fatiga y en el reposo, han representado en sus personas, desde que las visitó Jesucristo, dos suertes de vidas diferentes. Marta es imágen de la vida activa, puesto que servia al Señor en su carne mortal: Maria, como que estaba recogida á sus piés, no menos atenta á sus palabras que embesada en las grandezas de su divinidad, es imágen de la vida que se llama contemplativa. Aquella, en fuerza de su penoso ministerio, prorumpia celosa contra su hermana, bien que en amorosas quejas: ésta guardaba silencio; pero dulce y respetuoso: á una la rodeaban mil cuidados que la tenian en continua ocupacion: á otra la bastaba uno solo, que es en realidad el mas importante. A Marta, pues, se le quitará su empleo